

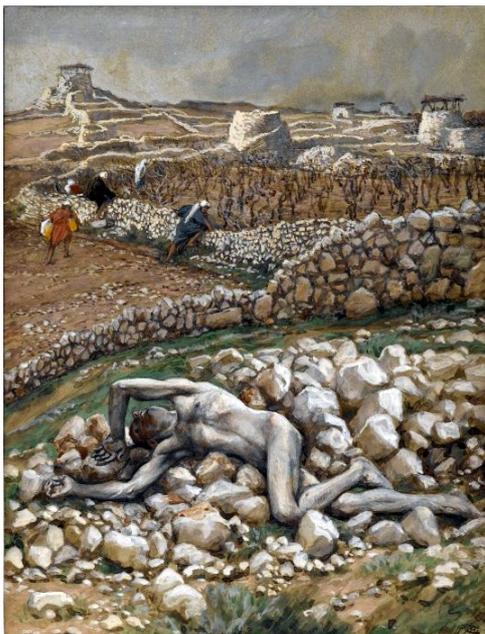


## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

### El Reino no es propiedad privada

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 21, 33-43 (27º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 8 de Octubre de 2017)



“Propietario” es una de las dos palabras claves de esta parábola juntamente con otra: “los frutos”. Este propietario quiere unos frutos muy especiales. Con gran esmero ha plantado una viña y espera una buena vendimia, pero los labradores arrendatarios no dan señales de vida. Envía algunos mensajeros para averiguar por la suerte de su viña y los matan. Entonces hace un gesto realmente loco: envía a su propio hijo, que también es asesinado.

Nosotros sabemos que ese hijo es Jesús; pero ¿cuál es esa viña? ¿Quiénes son los viñadores? y ¿Qué tenemos que ver nosotros con esa historia?

A partir de una viña, la parábola cuenta las relaciones de Dios con los hombres, eso que el

Evangelio llama el reino: “Yo seré vuestro Dios”, había dicho el Señor, “y vosotros seréis mi pueblo”. Con estos términos expresaba Dios su apuesta, su predilección por el pueblo.

El reino es el gran sueño de Dios sobre nosotros. Dios, que es amor, quiere hacer de todos los hombres un pueblo del amor. Esto quiere decir dos cosas que están siempre mezcladas estrechamente: un pueblo de **hijos** queridos por Dios y que quieren a Dios y un pueblo de **hermanos** que se quieren entre sí. Ésa es la viña y ésa la vendimia.

Para llevar a cabo este designio escogió un pueblo-semilla muy pequeño, un pueblo-levadura: Israel y le confió su viña, su proyecto de liberación para la humanidad. Pero sufrió una fuerte decepción. El pueblo, mal dirigido por sus autoridades, abusa de los privilegios que generosamente le había dado Dios y **empieza a creerse el dueño** del proyecto del Padre. Esa deriva, obviamente, no satisface a Dios y le envía mensajeros y profetas pero Israel no los escucha. Olvidándose del propietario, estos primeros viñadores se imaginan que pueden ellos solos hacerse cargo de la viña de Dios. Pero su trabajo es inútil, porque los dones de Dios no fructifican más que con Dios.

En un último impulso de amor, Dios envía a su propio Hijo, que podría enseñar a los viñadores cómo se hace rendir la viña de Dios y cómo se vive para el reino. Pero es inútil;

estamos al final del Evangelio y Jesús constata que ni siquiera a él lo van a escuchar, que los jefes del pueblo quieren y ya planean cómo ahogar su voz.

Lanza entonces una advertencia absolutamente intolerable para los que se consideran los preferidos inamovibles y los propietarios de los dones de Dios. Hasta entonces, el Señor les había interpelado con frecuencia y hasta los había castigado con severidad por su conducta incoherente, pero nadie se había atrevido a decirles que Dios iba a confiar su viña a otros. Y éste es precisamente el sentido de esta terrible parábola, cuyas últimas palabras les caen como un mazazo: “Se os quitará a vosotros el reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos”.

La advertencia se ha realizado. Los cristianos han tomado el relevo de los judíos. Esto no borra la grandeza de ese pueblo que fue escogido el primero, sigue siendo un pueblo elegido y que continúa anunciando a Dios con enorme fe, muchas veces heroica. Tras él y junto con él, nosotros constituimos la gran corriente de la revelación judeo-cristiana, y esta parábola tiene que hacernos pensar en nuestra propia grandeza y en nuestra responsabilidad. ¡Qué misión tan maravillosa! Vivir el amor, extender por todas partes el amor, producir los verdaderos frutos del reino. ¿Estamos a la altura debida? ¿Los cristianos y sus dirigentes nos portamos en todo el mundo como buenos arrendatarios, como buenos viñadores del único propietario de la viña? **¡No estamos solos!** Hay muchos pueblos y culturas capaces de acoger el sueño de Dios como su sueño de liberación. No las tenemos todas con nosotros, hoy, como ayer, el Señor nos puede llamar para pedirnos los frutos que, de acuerdo con los dones que hemos recibido, hemos de dar. No nos preocupemos por los privilegios de ser de la “familia” de Dios, esforcémonos por trabajar en la viña y dar los frutos que Dios anhela: en pueblo de hijos y de hermanos que viven en paz, justicia y libertad.

No perdamos nunca de vista que no somos los dueños del reino, somos simples trabajadores que ponemos todo lo que somos y tenemos para hacer que la semilla plantada por Dios siga dando frutos en todos los momentos de la historia. Hoy, en medio de un mundo global y diverso, no podemos aislarnos creyendo que somos los “dueños” de la verdad y de los anhelos de sentido de la humanidad.

Quiero terminar la reflexión de este domingo elevando mi oración al dueño de la viña por España, para que todas y todos, acogiendo la invitación del Evangelio, nos sentemos a dialogar con el corazón desarmado y la razón inundada de sensatez y trabajemos por este trozo de viña en el que cabemos todos porque es de todos.